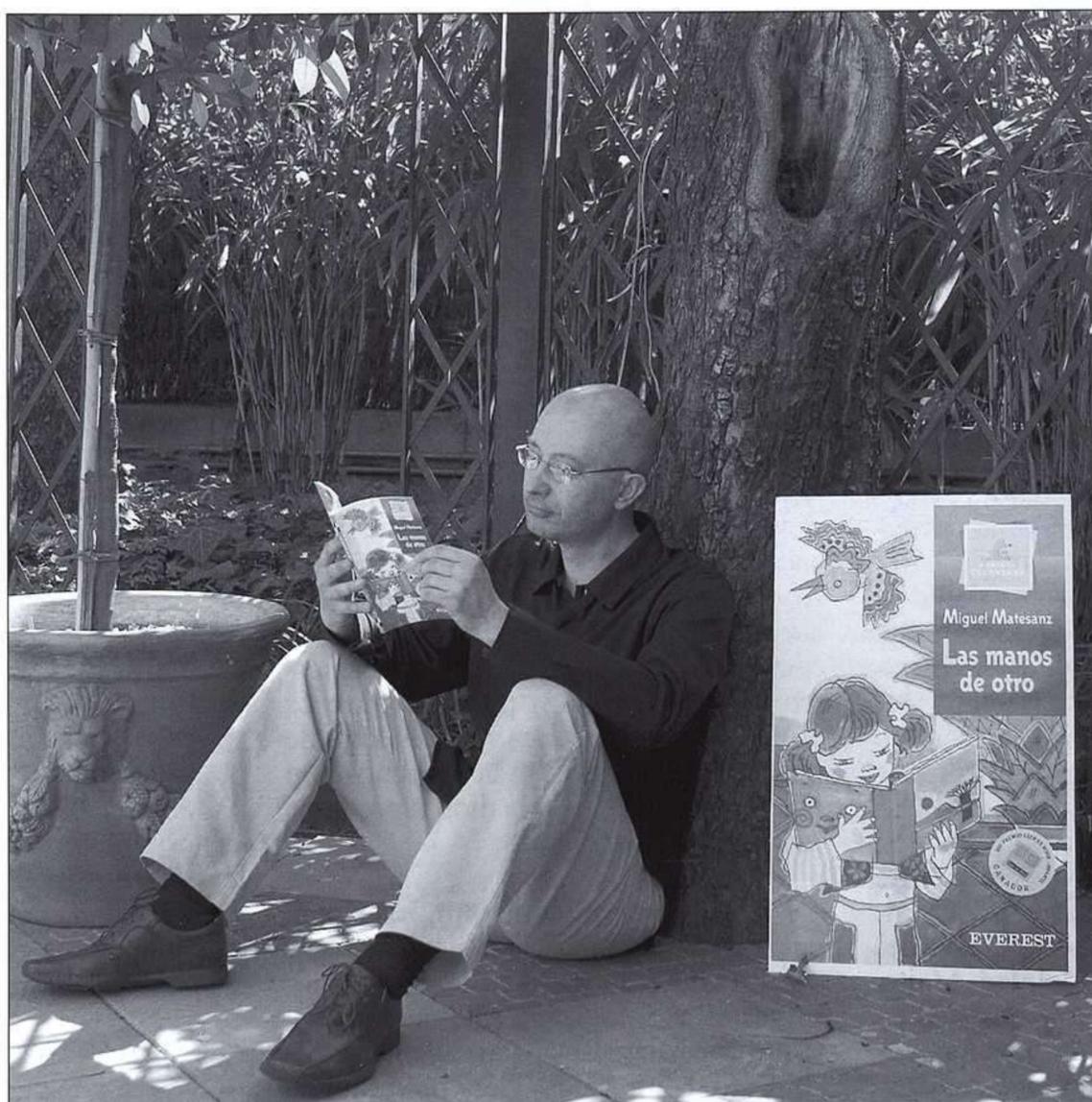


Miguel Matesanz



Buenaas...

¿Se acuerdan de esa devorable criatura que celebraba la obtención del Premio Leer es Vivir en el número 181 de esta revista? ¡Ya!, me hago cargo, comprendo que tienen cosas más importantes que recordar. La verdad es que ando un poco sobrado de autoestima. El caso es que ese churumbel con babero, patucos y chupete de diseño setentero ha crecido, y ahora resulta que se ha convertido, durante los últimos once meses, en el atractivo lector de la foto superior.

El niño Miguel, con su premio de novela infantil bajo el brazo y un buen chute de euros en su cuenta moliente, ha pegado el estirón... y ahí le tienen, hecho un caballere que más de una conven-

drá en considerar un buen partido. (Las interesadas pueden llamar a la redacción de la revista; le he dado poderes a la redactora jefe para que coordine el *casting* de pretendientas (¡mechachis, Miguel, ya se te ha visto el plumero al emplear un anglicismo (¿y ahora cuántos paréntesis de cierre debo poner?))).

Ese patricio de las letras se ha pasado el último año tal como lo ven: sentado en el suelo de su jardín, recostado contra el tronco de un árbol, leyendo una y otra vez su única novela publicada para saber cómo tiene que escribir la siguiente. A pesar de su fortaleza de espíritu, nuestro héroe llevaría muy mal que un editor volviera a decirle: «No te desanimes. Sigue intentándolo». ¡Ah, los editores, qué monos que son!

Tan enfrascado está el artista en la eterna lectura de su obra magna que me ha encargado que escriba en su nombre un cuento para ustedes. Como soy su negro a jornada completa y me ha adelantado 50 euros, he resuelto el asunto en media mañana.

¡Por cierto! Si eres una patricia de armas tomar, el negro también está en el mercado.

Bibliografía

Las manos de otro, León: Everest, 2005.